

uso de ella, por lo que las leyes, queriendo castigar á unos, castigan á los que son precisamente sus más encarnizados enemigos.

“Todos aquellos que de cerca hayan seguido el movimiento anarquista, sabrán que los grandes centros de publicación de libros anarquistas están en el extranjero, y que del extranjero llegan casi todos los periódicos y opúsculos de propaganda que circulan en Italia; razón por la cual, la reciente ley no causa gran trastorno á los anarquistas.

“Pero es que la ley sería igualmente inútil, aunque éstos tuvieran en Italia una floreciente bibliografía, pues en cierto modo la publicación de libros es un pararrayos; porque cuanto más escriban é impriman los anarquistas, menos tiempo les queda para obrar y para buscar el medio de dar salida á sus políticas pasiones en los atentados ruidosos. He encontrado la prueba de esto en un párrafo de una carta que Caserio escribió desde Francia á un amigo, en que dice así: “En cuanto á la propaganda, camina aquí, en Francia, rápidamente, mas sólo por el hecho, puesto que el Gobierno ha prohibido la publicación de periódicos anarquistas, y secuestra los fondos “y la correspondencia.” Por otra parte, el periódico ha mejorado algo nuestra vida política, sustituyendo con los artículos injuriosos las luchas armadas que en muchas ocasiones sostenían los partidos rivales; y aun hoy todavía, los mismos partidos conservadores recurrirían á la violencia si no pudiesen desahogar la ira contra los enemigos políticos, escribiendo ó haciendo escribir; ¿por qué no ha de suceder con los anarquistas? Es una verdadera desgracia que el partido anarquista no haya tomado aún las aficiones y costumbres literarias y periódicas de otros partidos, porque es indudable que si así fuera, si en Liorna hubiesen tenido un periódico regular y hábito de escribir, hubiesen emprendido una ultrajosisima campaña, pero no hubieran cosido á puñaladas al periodista adversario.

“Se dirá que las publicaciones anarquistas deben ser objeto

de enérgicas represiones, porque difunden el contagio de las ideas y de las teorías. Mas así y todo, es ingenuo creer que sea posible esa represión, ó al menos que sea fácil: el libro es hoy el verdadero Proteo de la vida; es un instrumento tan ágil, tan fino y tan poderoso, que querer dificultar su vida un Gobierno que no tenga los inmensos medios coercitivos del Gobierno ruso, vale tanto como pretender sujetar el viento con una cadena. Y después, aun cuando todas las publicaciones anarquistas fuesen sorprendidas, no por eso cesaría la propaganda, supuesto que se hace con más frecuencia oralmente que por medio de la imprenta, como sucede con toda propaganda dirigida á un público grosero é ignorante.

“... La violencia es siempre inmoral, aunque se emplee en contra de la violencia.” Los pueblos y las sociedades superiores serán aquellos que sepan contrarrestar la fuerza brutal sin hacer uso de ella. Lejanamente se da hoy una vaga imagen de la ciudad futura en Inglaterra; allí el Gobierno da frecuentemente á su pueblo el ejemplo de la confianza en la fuerza moral, y siente su propio deber de no excitar los instintos brutales que reposan en el fondo de todo espíritu humano, aplicando á la represión de rebeliones pasajeras de las masas las medidas violentas.

“¿Qué fortuna sería para la Europa el que este sistema de templanza aplicado en Inglaterra al tratamiento de los movimientos antes dichos, fuese aplicado al tratamiento de las más agudas enfermedades sociales, como los atentados anarquistas!”

MEDIDAS PROFILÁCTICAS.—A otras oportunas y más importantes medidas hay que recurrir.

Es preciso, como remedio para los anarquistas de ocasión, reos por miseria, contagio ó pasión, curar el malestar crónico de los países en que la anarquía tiene sus gérmenes y su verdadero campo de acción; curar, como diría el médico, las raíces del empobrecimiento general, causa de la local enfermedad, y curarlo con urgencia, sin paliativos, llegando al fondo.

Necesario es, ante todo, cambiar la base de nuestra educación práctica, que tal como hoy está, de la contemplación de la belleza, y aun más, de la fuerza sin un fin práctico, conduce á la rebelión, á la indisciplina, á hacer de la violencia un ideal.

Ya lo he demostrado yo esto ha tiempo en mi *Delitto politico*, fundándome en los héroes del 89, imitadores medianos de los héroes de Plutarco; mas creo que nadie ha encontrado tan eficaz prueba como Guillermo Ferrero.

“... ¿Qué es toda nuestra educación sino una continua glorificación de la violencia en todas sus formas? Una muy importante parte de aquella es la instrucción clásica, y ésta no puede resolverse más que en un himno á la fuerza brutal, que comienza con la apoteosis de los asesinatos de Codro ó Aristogitones para llegar á los regicidios de Bruto, á través de la historia de todos los crímenes horribles cometidos por el más brutal de los antiguos pueblos: el pueblo romano. Y toda la historia de la Edad Media, y toda la historia moderna, y aun la historia misma de nuestro renacimiento tal como hoy se enseñan, ¿qué son sino la apología, hecha desde un punto de vista especial, de actos brutales y violentos? ¿Cómo, si no fuera así, hubiera podido escribir, con general aplauso, un poeta á quien todos consideramos como la encarnación moral de la nueva Italia, los siguientes versos?

*Ferro e vino voglio io....*

.....  
*Il ferro per uccidere i tiranni,  
Il vin per celebrarne il funeral.*

(Hierro y vino quiero yo....

.....  
El hierro para matar á los tiranos,  
El vino para celebrar los funerales).

“Y es en este punto tan profundo el mal, que están contagiados todos los partidos: lanzaron los clericales un ¡hurra! á

la puñalada de Ravailac; los conservadores á los fusilamientos en masa de los comunistas en 1871; los republicanos á las bombas de Orsini; todos están de acuerdo en santificar la violencia, cuando es útil á sus fines y á sus ideas. El nuevo héroe de estos últimos años del siglo no es un gran sabio ni un gran artista: es Napoleón I; y las odiosas aberraciones de Nietzsche encuentran hoy, á semejanza de la Biblia, multitud de fervientes y devotos comentadores.

“¿Quién ha de maravillarse, después de esto, de que una sociedad tan saturada de violencia, produzca ésta de tiempo en tiempo chispazos de tempestad? No se puede impunemente santificar la fuerza brutal, ni aun con la idea de que ha de ser aplicada tan sólo en determinados casos; más tarde ó más temprano llegará quien levante el Vangelo de ella en un credo político ó en otro. La conciencia del hombre moderno debe volver sobre sí misma, y abjurar solemnemente de ésta salvaje religión de la fuerza brutal de que tan devota ha sido y es ahora la humanidad: debe comprender al fin, que el principio “la violencia es siempre inmoral, aun cuando se usa para responder á otra violencia,” no es un sentimentalismo morboso, sino un axioma moral que surge latente de las observaciones mismas de la vida. Es necesario predicar con gran energía y en todos los tonos esta nueva religión de la persuasión y de la fuerza moral, para avivar y favorecer el gran cambio que se está operando en el seno de las modernas ciudades; de otro modo, se equiparará al europeo, con toda su ciencia y civilización, al australiano aquel que, interrogado por Bonwik acerca del bien y del mal, contestó: “Bien es cuando yo robo la mujer de otro; mal es cuando otro me roba la mía.”

Otro urgente remedio es el económico.

Tenemos ahora (antes lo he dicho) un fanatismo económico como en otras épocas teníamos un fanatismo político, y es justo y es beneficioso que demos á ese fanatismo una válvula de seguridad con los medios económicos, como antes se la dimos al político con las constituciones, el parlamentarismo, etc., y

al religioso con la libertad de cultos y otras reformas semejantes.

Los remedios más radicales serán aquellos que tiendan á impedir la excesiva concentración de la propiedad, de la riqueza, del poder, para que puedan los que tienen talento y condiciones para el trabajo, ganarse la vida.<sup>1</sup>

En Francia mismo, la revolución del 89 no hizo más que sustituir con los grandes propietarios á los grandes señores feudales, y en tanto que antes tenían los agricultores la cuarta parte del suelo, hoy no disponen más que de la octava.

En los Estados Unidos, mientras entre el 91 por 100 de los habitantes no poseen más que el 20 por ciento de la riqueza del país, entre el 9 por 100 poseen el 80 por ciento; 4,047 disfrutan cerca de 36 veces lo que gozan 11.587,887 familias reunidas.

Y de este lado, el socialismo es considerado por los políticos necios (y no son pocos) como un fiel aliado de la anarquía, siendo así que es precisamente su mayor enemigo y el mejor preventivo.

“Nadie—escribe uno de nuestros más ilustrados socialistas, —ni aun los más rabiosos conservadores, se han puesto como los socialistas tan resueltamente enfrente de los secuaces de la absurda y salvaje teoría de emplear el asesinato político para llegar á la reivindicación económica. Los jesuitas han armado la mano de Ravailac y de los verdugos de la feroz Inquisición. Los jefes del tercer Estado cantan en sus escuelas la gloria de Timoleón y de Bruto, y pensionan á las familias de Aguilao Milano y de Félix Orsini.

“Los socialistas, mantenedores de una moral basada en el estudio positivo de la historia y de la sociedad, no cesan de repetir á los trabajadores que sus males no son ni deseados ni causados por los ricos, sino que son la inevitable consecuen-

<sup>1</sup> Además, es menester que deje de ser una verdad aquella frase que Beaumarchais puso en boca de su filósofo *Figaro*: “Por su intelecto y su conducta hay muchos criados que merecían ser señores, y muchos señores que merecían ser criados.”

cia del actual sistema económico; que por esta razón se curarán dichos males cuando se verifique un cambio en este sistema, y que tal cambio no pueden realizarlo ni la bomba ni el puñal, sino sola y únicamente la acción enérgica y cada vez creciente de los mismos trabajadores, que unidos, organizados, conscientes, llegarán—como llegó el tercer Estado—á la conquista de sus derechos, y darán vida á una sociedad nueva, en armonía con sus intereses.”<sup>1</sup>

El decaimiento de la anarquía en Alemania, Austria é Inglaterra, tan pronto como el socialismo comenzó á difundirse; Andrea Costa quemado en efigie y Prampolini asesinado por los anarquistas por haber iniciado el movimiento socialista, y todos los feroces ataques de las publicaciones anarquistas de toda Europa contra los socialistas, son clara prueba de la enorme divergencia entre los dos partidos.

El socialismo, en suma, refuta la teoría anarquista ante aquellos que le son más adictos, con las conclusiones que ya experimentalmente expusimos;<sup>2</sup> demuestra que ninguna nueva forma política ó económica puede implantarse sino muy suavemente preparada, y que sólo un cambio lento, ordenado, en el sistema capitalista, mejorará las condiciones de los menos poseedores, disminuyendo la concentración excesiva de la riqueza, sostenida con tan egoísta favoritismo por la antigua economía política, que dimanando de los ricos, sólo en los ricos pensaba, sin preocuparse de los demás y obrando como si no existieran.

Pero importa, sobre todo, hacer un socialismo práctico y no budístico como el de Italia; que los socialistas se convenzan de que, por conservarse puros é independientes, concluirán por no tener ningún adepto, y que la causa importantísima que á sus manos está encomendada, les permite, para conseguir lo que en política es todo, el éxito, aliarse con otros partidos, al menos en algunos puntos determinados, á los que la opinión

<sup>1</sup> *La Giustizia*, 1º Julio 1894.

<sup>2</sup> *Il Delitto politico e le rivoluzioni*, por LOMBROSO y LASCHI, parte 1.<sup>ª</sup>

pública arrastra á los partidos reaccionarios, como, por ejemplo, la abolición de la guerra, las ocho horas de trabajo, la reforma de los contratos agrarios, etc.

Del mismo modo que se ha dado un gran paso en la subdivisión de la propiedad con la abolición de los mayorazgos (que antes parecía el fin del mundo), así creo que sin grandes trastornos, podría provocarse una mayor subdivisión, estableciendo en favor de las clases más pobres un fuertísimo impuesto sobre las riquezas que sobrepasen un millón ó mayor cantidad si se quiere; y si las grandes propiedades, como las del campo romano y siciliano, asegurando la riqueza de unos pocos causan la miseria de todos, no veo qué dificultad impediría la expropiación forzosa en favor del Estado, cuando si se tratase de una inútil fortaleza, nadie lo encontraría chocante ó violento;<sup>1</sup> ni veo que se oponga nada á reformar los contratos agrarios y á la mayor participación de los agricultores en las utilidades; y cosa es esta que ya se les ha ocurrido á eminentes políticos nada sospechosos de revolucionarios, como Jacini, por ejemplo. Y ¿por qué no podrá hacerse lo mismo para los azufres en Sicilia y para los mármoles en Lunigiana? Y si la carestía del carbón es un obstáculo al florecimiento en Italia de algunas industrias, no sabemos por qué no había el país de poner en práctica é impulsar el transporte á distancia de la fuerza hidráulica, al menos en una centésima parte de la que se derrocha tontamente en usos militares y coloniales.

En Inglaterra no es preciso para todo esto la fórmula socialista; que es el único Gobierno sabio que en Europa, en la cuestión irlandesa primero, en la obrera después, con el indulto absoluto de los huelguistas, con la concesión espontánea de las ocho horas de trabajo para todos los oficios dependientes del Estado, con los arbitrajes en que patronos y obreros tie-

<sup>1</sup> El proyecto de ley sobre la *latifundia*, de Crispi, hubiera sido un gran paso en este camino. Mas ¡ah! la Cámara, que encontró acordes á todos los partidos para votar las más violentas leyes de represión, no encontró ocasión de discutir ni de aprobar un tan importante proyecto.

nen igual número de votos, había prevenido todo abuso de las clases opuestas, y va ahora con la iniciativa de un verdadero lord (lord Rosebery), acercándose á la completa solución de la cuestión social sin tumultos y sin violencias. Y allí es donde la anarquía ha degenerado en impotente, donde es depreciada por los mismos á quien ella pretende socorrer, porque han comprendido que sólo perjuicios y trastornos podrían resultarles de tal doctrina.

En el orden político, una restricción en la inmunidad parlamentaria y en el exagerado poder concedido á los diputados, sería una salvaguardia mucho mayor que las rejas y guardas de que empiezan á rodearse aquellos contra los golpes anarquistas.

Cuando los reyes eran despóticos, es natural que la anarquía fuese regicida; y es lógico que ahora que los diputados son tan irresponsables como aquellos y aun más despóticos y culpables, hayan cerrado contra ellos los anarquistas, cometiendo *diputaticidios* en vez de regicidios.

Habíamos ¡vive Dios! luchado durante siglos para suprimir los privilegios de los sacerdotes, de los guerreros y de los reyes, ¿y vamos á mantener ahora, bajo la mentira de una pretendida libertad, los más dictatoriales privilegios en beneficio de personas capaces de cometer los más comunes delitos en mayor escala que setecientos reyes?

Y aquí es oportuna aquella proposición que yo hice en mi *Delitto politico* de crear un Tribunado que tuviese el derecho y el deber de decir á todos la verdad sin temor á los procesos por difamación, acordándome de que sólo al Tribunado debió la República romana su equilibrio y su estabilidad,<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En un principio sólo tuvo por objeto el Tribunado la protección contra los excesos del poder consular y el sostenimiento de la ley Valeria. No disfrutaba más que un derecho de oposición (*el veto*) á las decisiones de los Cónsules y del Senado (*intercedere*). Con el tiempo, la importancia de los tribunos fué tan grande, que llevaban ante las tribus á los Cónsules y otros magistrados al finalizar el ejercicio de su cargo, exigiéndoles las oportunas responsabilidades. De este modo llegaron á determinar por sí mismos la política general de la República.

y que á los procuradores de los pobres es preciso agradecer el que los Gobiernos despóticos se retrajeran en algunas ocasiones de dictar tiránicas medidas. Aun en nuestros escándalos bancarios, sin los tribunales bolsistas en París y sin el *Colaiani*, todos los partidos, todos los hombres serios, se hubiesen puesto de acuerdo para ocultar el delito y encubrir las llagas, aunque éstas hubieran comenzado á gangrenarse. Por esta razón creemos que un buen Gobierno debe, en vez de poner obstáculos, como hace, á la elección de éstos, favorecerla por todos los medios posibles como un arra de su propia honradez, como una garantía para el público de que será siempre igual, de que dirá la verdad, aunque todos traten de ocultarla.

Una de las reformas que mejor contrarrestarían la corrupción, y por lo tanto, la anarquía, que la sigue como á los cadáveres el buitre, sería una amplia descentralización. Cuando á un Gobierno tan centralizado como el nuestro ó el francés, se le encarga de administrar grandes sumas, de realizar asuntos de millones y millones, como los de obras públicas, la corrupción surge á su alrededor en seguida, porque la responsabilidad ante el público es muy indirecta y muy débil y la esperanza de la impunidad es muy grande. Haced, en cambio, que los administradores estén á la vista de los ciudadanos, y la responsabilidad será más directa, y la resistencia de los débiles á quienes podría fascinar el dinero será mayor. Todos habrán podido comprobar que los Panamás ocurren siempre en torno á las grandes administraciones centrales, ó cuando más, y en proporciones reducidísimas, en las comunales.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase el juicio que merece á Odilon-Barrot la centralización administrativa: "Convierte al individuo en autómeta, enervando todas sus facultades; acarrea la ruina de los Estados, que no son más que sumas de las fuerzas individuales, y agota en gastos improductivos las fuentes del trabajo particular; es además, obstáculo á las reformas, porque destruida toda opinión, sólo revolucionariamente es posible el cambio; fomenta la plaga de la empleomanía, pues concentrando toda la actividad social en el Gobierno, hace que á él aspiren todos los ciudadanos, máxime cuando se llega al delirio de ver en el destino, á más de una prebenda, una distinción; y como poder y responsabilidad son cosas correlativas, el individuo despojado de toda participación en los negocios comunes se descarga de toda responsabilidad, que se acumula en el Gobierno, al cual se le atribuye todo lo que ocurre, echándole la culpa de lo que puede inferir algún daño y hasta contrariar un deseo, llegándose á imputarle hasta la inclemencia de las estaciones."

De igual modo que al castigar el cólera con mayor dureza en los distritos más pobres y sucios de las ciudades, nos indica el sitio á que debemos aplicar con más urgencia nuestras medidas profilácticas, así la anarquía, desarrollándose preferentemente en los países peor gobernados, nos señala, ya que no lo hacen ni las masas ni los hombres políticos por su apatía, qué Gobierno es malo, y nos sirve, por lo tanto, de un estímulo para mejorarle. Y de aquí que debamos mirar atentamente su aparición para mostrar los medios conducentes á suprimir los desórdenes y los abusos que favorecen su nacimiento y su permanencia.

Es innegable que á los males de Sicilia, repetidamente revelados por Villari, Sonnino, Damiani, Colajanni y Alonji, nadie pensó seriamente en poner un eficaz remedio antes de ocurrir los últimos motines, ni siquiera con aquellos eternos proyectos de ley que han resultado siempre letra muerta; y aun menos se pensó en tal remedio cuando formaba parte del Gobierno uno de los que primero habían llamado la atención sobre las graves condiciones en que se hallaba aquel país; la desventurada revolución última ha hecho por la reforma agraria de la isla lo que en treinta años no pudieron hacer 10,000 diputados: ha logrado que aparezcan serios proyectos de reformas económicas, y los movimientos anarquistas de Irlanda han sugerido á Gladstone sus medidas y sus reformas. Mientras tanto, á la agravación cada vez mayor de las penas, en Rusia, España y Francia, sin cambio ninguno de las instituciones, siguen siempre más graves atentados.

Por caridad, no les imitemos, no seamos ciegos como ellos. ¡Pueblo: ya que en medio de tantas vergüenzas y de tantos vicios no hemos tenido más que el de la intemperancia política, no desmintamos nuestras buenas tradiciones; no usemos la brutal violencia contra la anarquía, porque la haremos crecer y ser más feroz; busquemos, por el contrario, sus causas y apliquemos en ellas remedios radicales!